

Capítulo 1 - **La necesidad de una educación financiera.** Tiziano empieza el secundario. Mi infancia y adolescencia. Cinco lecciones en una. Claves para que los niños ahorren, valoren su capital y proyecten a mediano plazo. El dinero no es un tema tabú. Mi misión.

En unos meses Tiziano, mi hijo mayor, termina de cursar el primario y entrará a la escuela secundaria. Es un paso muy importante para él, pero sobre todo para mí y mi esposa, Bibiana. La noticia del embarazo de Tiziano llegó a nuestras vidas de forma inesperada. Hacía muy poco que habíamos podido organizarnos. En ese entonces, ella atendía un local de ropa y yo vendía teléfonos celulares. También trabajábamos juntos en un grupo de animación para eventos sociales del que te hablaré en breve. Cuando supimos que tendríamos a nuestro primer hijo era el año 2005 y vivíamos juntos en la casa que era de mi abuela, en Haedo, el barrio en el que me crié, ubicado a unos veinte kilómetros de Capital Federal.

Estábamos armando nuestro propio proyecto de vida. En ese momento, yo sentía una gran necesidad de cambiar mi perfil laboral y había asumido el riesgo que eso implicaba. Bibiana también: ella había decidido acompañarme en medio de la incertidumbre y el miedo que trae cualquier plan nuevo. Podría decir que entonces ella fue la única persona que me impulsaba a seguir adelante mientras muchos --la mayoría y de mi entorno más cercano-- me decían que fuera a lo seguro: un trabajo estable, en relación de dependencia y con posibilidades de ascenso. Algo "para toda la vida". Sin embargo, eso no era lo que queríamos para nuestra familia.

A lo largo de estas páginas sabrás cómo fue nuestra experiencia de vida. De qué maneras logramos cada meta, cada objetivo y, también, cómo vencimos obstáculos. Hoy tenemos otras preocupaciones. Una es acompañar a nuestros hijos --que ya son tres-- en su crecimiento, darles la contención que necesitan, enseñarles desde nuestro hogar cómo manejarse en la vida. Y, por supuesto, a los dos nos preocupa su educación y por eso estamos buscando la mejor escuela para Tiziano que, te contaba, en 2018 empezará el

secundario.

El año pasado asistí a una reunión para padres en una de las instituciones en las que podríamos anotar a nuestro hijo. Nos hablaron del plan de estudios y de las orientaciones entre las que podrían elegir los chicos cuando pasaran al tercer año. Una de las orientaciones era Arte Visuales, la otra Música y la tercera, Economía y Administración. Explicaron, aunque sin detalles, de qué se trataba cada una. Esperaba que en la última opción hubiese algo de educación financiera, pero no. Entonces, levanté la mano:

--Disculpe, ¿Está contemplada la educación financiera en el plan de estudios? -- pregunté al profesor que dirigía el encuentro.

Me preocupaba especialmente saber si a los alumnos les enseñarían a desenvolverse en lo laboral, a manejar su dinero, ahorrar, vender, invertir: cuestiones prácticas a las que deberán, sí o sí, enfrentarse en el futuro. Había interés, de hecho algunas madres a mi alrededor asintieron al escuchar mi consulta. La respuesta fue que no. A cambio me ofrecieron un taller de Economía Social Cooperativa que sí estaba previsto en la currícula. Salí de la reunión un poco decepcionado. Aunque, es cierto, en los planes de estudio de las escuelas de Buenos Aires no está prevista ese tipo de formación, esperaba que a esta altura del milenio hubiese habido un cambio de percepción respecto de nuestra economía personal y familiar. Los referentes en temas de educación todavía no se han dado cuenta de que hay que enganchar a los alumnos a edades muy tempranas con el mundo financiero. No sólo es sencillo: es absolutamente necesario.

Yo tuve un libro de cabecera que apareció de casualidad y que leí en el tren y en el colectivo mientras viajaba a mi primer empleo formal y en relación de dependencia que tuve en mi vida. Se llama Padre Rico, Padre Pobre y lo escribió el empresario y conferencista Robert Kiyosaki, junto a la contadora Sharon Lechter. Publicado en 1997, el

libro se convirtió rápidamente en un best seller. No sé si alguien se hizo rico siguiendo el paso a paso que plantea el autor, pero a mí me animó a emprender un cambio muy profundo que a lo largo de los años dio resultados. Padre Rico, Padre Pobre es un libro inspirador que indaga sobre la importancia de la educación financiera. Esto es: cómo lograr la independencia económica pensando como piensan los ricos.

Allí encontré lo que no me enseñaron en la escuela y tampoco en mi casa, un hogar de clase media que sufrió las consecuencias de la gran crisis económica de fines de la década del noventa justamente por no saber cómo manejar sus negocios, que no eran muchos ni ampulosos, pero nos daban una vida estable, sin preocupaciones. Ese cimbronazo en el país nos separó y nos hizo empezar de cero, pero de eso hablaré más adelante.

Ahora quiero contarte sobre mi infancia y adolescencia, ligadas a esta necesidad que sentí desde pequeño con respecto a la instrucción financiera que no tuve. Mi padres, Julio y Cristina, y mis dos hermanos --el mayor se llama Diego y el menor, Darío-- vivíamos en la casa de mi abuelo materno, en el partido de San Martín. Fueron pocos años, pero muy lindos, rodeados de animales y del cariño de mi abuelo. Después nos mudamos a Haedo. Mi madre se dedicaba a las tareas de la casa y mi padre manejaba un negocio de producción y venta de todo tipo de productos en cartón corrugado (bandejas, soportes para latas, gigantografías en tamaño real), en sociedad con un familiar. Era proveedores de grandes marcas. Tenían una fábrica en Florida y una oficina en Capital Federal, sobre la calle Tucumán. Mi papá era un emprendedor y, de alguna manera, de él absorbí cierta impronta sobre la educación financiera. Con el tiempo, compró la casa donde viviríamos, en Haedo, y una quinta en las afueras de Buenos Aires, y un auto. No teníamos lujos pero vivíamos bien.

Yo cursé el primario en la escuela privada y católica Sagrada Familia, de Haedo, y el secundario en la E.E.T. N°8 Jorge Newbery, una institución técnica y pública, ubicada

en San Justo. Como en la escuela en que la podría inscribir a mi hijo Tiziano, también ofrecía orientaciones: técnico aeronáutico, técnico electrónico o técnico mecánico. Yo opté en tercer año por técnico aeronáutico sin estar muy convencido de que eso era para mí. Me gustaban los aviones pero lo cierto es que mis compañeros eran mucho más apasionados. Ellos escuchaban el vuelo rasante de un avión y gritaban “¡Escuchá, escuchá ese Lockheed C-130 Hércules propulsado por cuatro motores turbohélice!” y yo... Yo no tenía esa pasión por los motores.

Las materias me costaban y repetí segundo año, pero seguí estudiando en la técnica. No tuve materias contables, pero lo que rescato de mi paso por esa escuela es que adquirí cierta seguridad en lo práctico. Me dí cuenta de que era bueno en Dibujo Técnico así que terminé haciendo láminas para mis compañeros a cambio de un dinero que terminaba gastando en sanguches en el kiosco de la escuela. Digamos que esos años los “sobreviví”. Me tranquiliza saber que la aeronáutica no era la mía. De hecho, muchos años después, en un viaje de negocios a Uruguay me reencontré con mi compañero de banco Jonatan. Lo vi en plena pista, descargando valijas de la bodega de un avión. Yo podría haber estado en su lugar. Me sentí aliviado de haber emprendido otro camino.

Lo que sí tenía claro en ese momento es que me gustaba la independencia. Quería tener mi propio dinero y, por qué no, mi auto. Por lo pronto le pedía ambas cosas a mi papá y disfrutaba mucho de acompañarlo a la oficina en la que atendía los asuntos de la venta de sus productos de merchandising. En los últimos años de adolescencia ya era habitué de la disco más famosa de Haedo, Mall. El boliche me abriría la puerta de un nuevo rubro, la venta de viajes de egresados a Bariloche. Era un nuevo panorama, lleno de desafíos. La antesala, digamos, de lo que vino después.

Pero no quiero olvidarme de Tiziano, que ya tiene doce años y está a punto de comenzar el secundario. Bibi y yo queremos darle lo que nosotros no tuvimos en nuestras

casas, alguien que nos enseñe a entender el dinero, ahorrar y a hacerlo “crecer” reinvertiendo. Es una tarea que nos da mucha satisfacción como padres porque vemos que de a poco Tiziano va teniendo inquietudes relacionadas con su “pequeño mundo de finanzas”. Y si no, mirá:

A Tiziano le habíamos regalado la consola de juegos Xbox. Un tiempo después, viajamos a Miami y quiso usar sus ahorros --plata que le habían regalado en su Comunción-- para comprarse la Play Station 4. Cuando regresamos a Buenos Aires empezó a usar la Play y dejó de lado la consola anterior que estaba en muy buen estado. Le pregunté qué iba a hacer con la Xbox y me miró como pensando alternativas. Le sugerí que la limpiara y la guardara en la caja original para sacarle una foto y venderla a través de un sitio web. Hace rato que viene pidiendo un casco de realidad virtual que cuesta, más o menos, mil dólares. Así que le expliqué:

--Tizi, ¿Vos seguís queriendo el casco de realidad virtual? Bueno, podés vender la Xbox y el cuatriciclo que te compré para tu cumpleaños y que ya no usás. Quizás, entre las dos cosas juntas unos 600 dólares. Así, de a poco, vas ahorrando hasta llegar a lo que querés. Podés lograrlo para fin de año.

Mi hijo aceptó y, rápidamente, buscó la caja original de la Xbox y guardó el equipo. También fue a ver el cuatriciclo que le habíamos regalado, quería ver cuán sucio estaba para ponerlo en condiciones y lograr el máximo de la venta. Sabía que para sacarle una buena foto y poder venderlo online, debía estar presentable.

Mientras Tiziano se ocupaba de “poner en valor” los productos que vendería, yo me di cuenta de que le había dado varias lecciones en una:

\*que reacondicionar lo que ya no usa implicaba reconocer el paso del tiempo.

\*que él crecía y los regalos ya no eran acordes a su edad, lo que implica ir desprendiéndose de lo que ya no necesita.

\*que el ahorro es estático y por más que junte y junte el dinero no se multiplica.

\*que la reventa de cosas es una forma de “hacer trabajar” al dinero.

\*que es posible fijarse plazos para lograr un objetivo.

Tiziano vendió su Xbox y el cuatriciclo muy rápido. No lo hizo solo sino con la ayuda de su familia. Primero lo orienté yo, pero mi hermano mayor, Diego, lo acompañó en todo el proceso. Su tío le explicó, primero, cómo era la operación. Le mostró cómo era el paso a paso de una venta online como si fuese un juego y mi hijo logró la venta. Después, Diego lo sometió a un reto: “Si vos vendés mi Xbox contando lo bien que funciona, yo te doy una comisión”. Tiziano capitalizó la experiencia de su primera venta y logró ubicar la consola de su tío. Así cobró una comisión de 60 dólares que decidió ahorrar para llegar al casco de realidad virtual. Diego es mi socio y uno de los pilares del negocio que logramos armar. Ya les hablaré de él.

A Tiziano le voy explicando a medida que pregunta. Desde que empezó a ahorrar, insisto con que no hay que dejar el dinero quieto en el chanchito o lo que sea que use para guardar la plata. Es importante que él esté pendiente, sea responsable de su ahorro y que tenga en mente un objetivo. También valoramos su esfuerzo. Con Bibi decidimos darle “una propina” por resolver algunas tareas de la casa: darle de comer al perro, tender su cama o sacar la basura. Eso no quiere decir que deje de pedir cosas (todos los niños son consumistas) pero sí entiende de qué se trata la valoración del dinero.

Las nuevas generaciones tienen ciertas características que podemos aprovechar. Son curiosos, emprendedores y están activamente relacionados con las nuevas tecnologías. Como son autodidactas, educarlos en el modelo tradicional --aquél que antepone la teoría a la práctica-- ya no es efectivo. Hay un dicho muy viejo que no tiene vencimiento: “predicar con el ejemplo”. Los padres somos los primeros referentes de nuestros hijos. Ellos irán copiando la forma de vida que elegimos. No sólo se trata de demostrarles el esfuerzo que hacemos para que ellos disfruten de determinado estilo de

vida. Es igual de importante explicarles de qué formas y por qué sus padres trabajan y se ocupan de ellos. Respecto de la educación financiera hay otras formas impregnar nuestra “influencia positiva”. Aquí, algunas claves:

\*Festejar una fecha importante para ellos abriéndoles un fondo de inversión. Es una buena manera de explicarles qué es un patrimonio y cómo crece a lo largo del tiempo. No sólo es instructivo sino que los chicos sentirán “seguridad financiera”. Es, también, una forma de incentivar su ahorro y una oportunidad para orientarlos sobre el poder adquisitivo.

\*Aprovechar la reunión familiar para hablar de finanzas. ¡Se puede hablar de dinero mientras cenamos! ¡El dinero no es tabú! Es el momento del encuentro, en el que los chicos están relajados y listos para contar qué hicieron durante el día. Es posible abrir la conversación preguntándoles qué juguete, ropa o equipo tecnológico quieren. Esa será la meta y en función de ese objetivo, hay que plantearles plazos y métodos de ahorro. Tratá de contestar cada pregunta que hagan. De no tener una respuesta a mano, prometeles que lo averiguarás. Así podrás seguir con el tema y no desengancharlos de su prominente mundo financiero.

\*Hablarles de las apps . Los nativos digitales no conciben la vida cotidiana sin un dispositivo cerca. Con la tablet o su celular siempre están conectados. Esto puede ser un tema de discusión familiar, pero también una gran estrategia para poner en práctica. Usala a tu favor: invitalos a que bajen aplicaciones de control de finanzas personales. Hay varias, muchas de ellas gratuitas o de un costo mínimo. Las aplicaciones de este tipo están pensadas para inversores infantiles y funcionan como un simulador. Algunas ofrecen consejos para gestionar ingresos o invertir, o funcionan como “bancos virtuales” con moneda propia. Otras operan como un juego en el que el usuario debe elegir un avatar y un empleo, y cada día deberá tomar decisiones financieras. También están las

apps de control de gastos, muy recomendable para los adolescentes.

Soy Cristian Costantini, tengo 39 años y después de muchos años de esfuerzo, hoy tengo libertad financiera. Tengo una casa, un auto, una familia feliz con la que viajo cada año, la tranquilidad de un ingreso mensual, un horizonte amplio para seguir planeando nuestro futuro. Tengo, sobre todo, tiempo: tiempo de disfrute con mis hijos y amigos. Eso significa que tengo libertad financiera, el tiempo de hacer lo que me gusta y que me paguen por eso. Esto no es una rareza, muchas personas a las que conocí la consiguieron y otras están a punto de lograrlo. Pero para eso hay que armar un plan.

A mi me hubiese sido muy útil aprender sobre educación financiera durante mi infancia y adolescencia. Entender cómo se mueve el dinero en los distintos estratos sociales, que me expliquen la “mesa del negocio”, qué es ser responsable, qué compromisos conlleva esa responsabilidad; qué es un código de honor, cuáles son las formas de inversión, tener herramientas para tomar decisiones sobre esas formas de inversión; comprar y vender activos, qué es una franquicia, cómo se adquiere. Si el mejor momento para plantar el árbol fue hace veinte años, el segundo mejor momento es ahora. Creo que el conocimiento es el petróleo de siglo veintiuno y esa es mi misión: compartir lo que sé para que vos hagas el intento.